

Milan Kundera
UN OCCIDENTE SECUESTRADO

Traducción del francés de Mayka Lahoz

TUSQUETS
EDITORES

La literatura y las pequeñas naciones
Discurso en el Congreso
de Escritores Checoslovacos
1967

Queridos amigos, aunque ninguna nación ha vivido en el planeta Tierra desde la noche de los tiempos y la noción misma de nación es relativamente moderna, la mayoría de ellas sienten su existencia como una evidencia, un don de Dios o de la naturaleza presente desde siempre. Los pueblos son capaces de definir su cultura, su sistema político e incluso sus fronteras como una creación propia, fuente, por lo tanto, de cuestionamiento o de problemas, mientras que consideran su existencia en cuanto pueblo como un dato libre de interrogantes. La no muy feliz y discontinua historia de la nación checa, que ha pasado por la antesala de la muerte, le ha permitido no sucumbir a ese tipo de ilusión engañosa. La existencia de la nación checa nunca se ha sentido como una evidencia, y es justamente esa *no evidencia* uno de sus mayores atributos.

Fue a principios del siglo xix cuando ese fenómeno fue más flagrante, justo cuando un puñado de intelectuales intentaron resucitar primero el checo, esa lengua casi olvidada, y después, en la siguiente generación, al ya semiextinto pueblo checo. Ese renacimiento fue un acto deliberado, y, como cualquier acto, se basó en una elección entre los pros y los contras. Aunque se inclinaron por los «pros», los intelectuales procedentes del movimiento de resurgimiento nacional checo conocían igualmente el peso de los argumentos que iban en el sentido contrario. Sabían —Matouš Klácel, por ejemplo, habló de ello— que una germanización habría simplificado la vida de los checos, ofreciendo más oportunidades para sus hijos. Sabían también que la pertenencia a una nación más grande confiere un mayor peso a cualquier actividad del espíritu y amplía su alcance, mientras que la ciencia formulada en checo —cito a Klácel— «circunscribe el reconocimiento de mi duro trabajo». Eran conscientes de las preocupaciones que deben afrontar los pueblos pequeños, que, como decía Ján Kollár, «solo piensan y sienten a medias» y cuyo nivel de educación —cito de nuevo a Kollár— «es a menudo mediocre y exiguo; no viven, solo sobreviven; no crecen ni echan brotes, solo vege-

tan; no hacen crecer árboles, sino únicamente abrojos».

Una perfecta conciencia tanto de esos argumentos como de los contraargumentos sitúa la cuestión de «ser o no ser y por qué» en los fundamentos mismos de la existencia moderna de la nación checa. Si los protagonistas del despertar nacional favorecieron esa existencia, ello representó una gran apuesta de futuro. Pusieron al pueblo frente al deber de justificar el día de mañana lo acertado de su elección.

Entraba completamente dentro de la lógica de esa no evidencia de la existencia de la nación checa el hecho de que, en 1886, Hubert Gordon Schauer espetara a la cara de la joven sociedad checa, que ya empezaba a revolcarse en su pequeñez, estas preguntas escandalosas: ¿No habríamos aportado más a la humanidad si hubiéramos unido nuestra energía creadora a la de una nación más grande, cuya cultura está claramente más desarrollada que la cultura checa, aún en ciernes? ¿Han valido la pena todos los esfuerzos que hemos desplegado para resucitar a nuestro pueblo? ¿Es el valor cultural de nuestro pueblo lo suficientemente grande para justificar su existencia? A esas preguntas se sumaba esta otra: ¿Será ese valor, en sí mismo, capaz de prevenir a nuestro pueblo en el

futuro contra el riesgo de perder su propia soberanía?

El provincianismo checo, que se contentaba con vegetar en lugar de vivir, vio detrás de ese cuestionamiento sustitutivo de falsas certezas un ataque contra la nación, y por esa razón decidió excluir de ella al señor Schauer. Sin embargo, cinco años después, el joven crítico Salda calificó a Schauer como la mayor personalidad de su tiempo, y su ensayo, como un acto patriótico por excelencia. No se equivocaba. Schauer no había hecho más que llevar al extremo un dilema del que eran conscientes todos los líderes del despertar nacional checo. František Palacký escribió: «Si no elevamos el espíritu de la nación hacia actividades más grandes y nobles que las que llevan a cabo nuestros vecinos, ni siquiera podremos garantizar nuestra propia existencia». Y Jan Neruda echó más leña al fuego: «Debemos elevar nuestra nación al nivel de conciencia y de educación del mundo a fin de garantizar no solo su prestigio, sino también su propia supervivencia».

Los líderes del resurgimiento checo vincularon la supervivencia de la nación a los valores culturales que esta última debería producir. Querían evaluar esos valores no en función de su utilidad para la nación, sino en función de cri-

terios —como se decía en la época— que concernían a la humanidad entera. Aspiraban a integrarse en el mundo y en Europa. En ese contexto, yo querría subrayar una especificidad de la literatura checa, que ha construido un modelo que es bastante raro en otras partes del mundo: el del traductor en cuanto que actor literario capital, si no el principal. Después de todo, las más grandes personalidades literarias del siglo anterior a la Montaña Blanca¹ fueron traductores: Řehoř Hrubý de Jelení, Daniel Adam de Veleslavína, Jan Blahoslav. La célebre traducción de Milton firmada por Josef Jungmann sentó las bases del checo del periodo del resurgimiento nacional; la traducción literaria checa se cuenta hasta nuestros días entre las mejores del mundo, y el traductor goza de la misma estima que cualquier otra personalidad literaria. La razón del primordial papel desempeñado por la traducción literaria es evidente: gracias a las traducciones, el checo se constituyó y se perfeccionó como lengua europea de pleno derecho, terminología europea incluida.

1. La batalla de la Montaña Blanca, fechada el 8 de noviembre de 1620, fue una de las primeras y más importantes batallas de la guerra de los Treinta Años; marcó el fin de la independencia checa. (*Nota del traductor del checo al francés.*)

En resumidas cuentas, fue a través de la traducción literaria como los checos fundaron su literatura europea en lengua checa y esa literatura formó a los lectores europeos que leían checo.

Para las grandes naciones europeas con una historia llamada clásica, el marco europeo en el que evolucionan es evidente. Sin embargo, los checos, al haber alternado periodos de vigilia y sueño, se perdieron varias fases importantes del desarrollo de un espíritu europeo, así que tuvieron que adaptarse cada vez a su marco cultural, apropiarse de él y reconstruirlo. Nada ha constituido nunca para los checos un logro indiscutible, ni su lengua ni su pertenencia europea, que, por cierto, se resume en una elección perpetua entre dos opciones: o dejar que el checo se debilite hasta el punto de que acabe quedando reducido a simple dialecto europeo —y la cultura checa, a simple folclore—, o convertirse en una nación europea con todo lo que ello comporta.

Solo la segunda opción garantiza una existencia real, existencia, con todo, a menudo muy dura para un pueblo que durante todo el siglo XIX dedicó la mayor parte de su energía a la construcción de sus cimientos, desde la educación secundaria hasta la redacción de una enciclopedia. Y, no obstante, desde principios del

siglo xx, y sobre todo entre las dos guerras, asistimos a un impulso cultural que todavía no tiene parangón en toda la historia checa. Durante dos decenios, toda una pléyade de hombres geniales se consagraron a la creación y lograron, en ese espacio de tiempo tan corto y por primera vez desde Comenio, elevar la cultura checa al nivel europeo, conservando sus especificidades.

Ese importante periodo, tan breve y tan intenso que aún sentimos nostalgia de él, se asemejaba, sin embargo, más a la adolescencia que a la edad adulta: al no estar más que en sus inicios, la literatura checa tenía un carácter mayoritariamente lírico y no necesitaba para desarrollarse nada más que un tiempo de paz largo e ininterrumpido. Romper en ese momento el crecimiento de una cultura tan frágil, primero con la ocupación y luego con el estalinismo, durante casi un cuarto de siglo, aislarla del resto del mundo, mermar sus múltiples tradiciones interiores y rebajarla al rango de una simple propaganda fue una tragedia que amenazaba con relegar a la nación checa una vez más —y esa vez definitivamente— a la periferia cultural de Europa. Si, desde hace unos años, la cultura checa ha recobrado el aliento, si ahora seguramente se ha convertido en el principal campo

de actividad de nuestro éxito, si un buen número de obras excelentes han visto la luz y algunas artes, como por ejemplo el cine checo, están viviendo su época dorada, entonces se trata del fenómeno más destacado de la realidad checa de estos últimos años.

Pero ¿es consciente nuestra comunidad nacional de todo eso? ¿Se da cuenta de que podría volver a entroncar con esa memorable época de la adolescencia de nuestra literatura de entreguerras y que eso representa una excelente oportunidad para ella? ¿Sabe que del destino de su cultura depende el suyo? ¿O se ha acabado por rechazar la opinión de los líderes del resurgimiento checo según la cual, en ausencia de valores culturales fuertes, la supervivencia de un pueblo como tal está lejos de estar garantizada?

Desde la resurrección nacional checa, el papel de la cultura en nuestra sociedad seguramente ha cambiado y hoy ya no corremos el riesgo de estar expuestos a una opresión de orden étnico. No obstante, creo que la cultura no sirve menos ahora de lo que servía en el pasado para justificar y para preservar nuestra identidad nacional. Vastas perspectivas integracionistas se han abierto durante la segunda mitad del siglo xx. Por primera vez, la humanidad ha

unido sus esfuerzos para engendrar una historia común. Entidades pequeñas se asocian para formar otras más grandes. Al unirse, la colaboración cultural internacional se concentra. El turismo se convierte en un fenómeno de masas. Por consiguiente, el papel de varias lenguas mundiales importantes se intensifica y, como toda la vida se internacionaliza, el peso de las lenguas pequeñas se reduce cada vez más. Hace poco hablé con un hombre de teatro, un belga flamenco. Se quejaba de que su lengua estaba amenazada, de que la intelectualidad flamenca se estaba volviendo bilingüe y empezaba a preferir el inglés a su lengua materna, porque le facilitaba el contacto con la ciencia internacional. En esas circunstancias, los pueblos pequeños solo pueden defender su lengua y su soberanía a través del peso cultural de su misma lengua y del carácter único de los valores engendrados con ayuda de esta. Evidentemente, la cerveza de Pilsen también es un valor. Sin embargo, en todas partes se bebe como Pilsner Urquell. No, la cerveza de Pilsen no puede de ningún modo sustentar la reivindicación de los checos de conservar su propia lengua. En el futuro, ese mundo que no deja de integrarse nos pedirá sin miramientos y de manera completamente legítima que justifiquemos esa exis-